

## **DOMINGO XIII DEL TIEMPO ORDINARIO**

**1ª lectura** (2º Reyes 4, 8-11.14-16a): *Este santo se quedará aquí.*

**Salmo** (88, 2-3.16-17.18-19): *«Cantaré eternamente las misericordias del Señor»*

**2ª lectura** (Romanos 6, 3-4.8-11): *Si morimos con Cristo, resucitaremos con él.*

**Evangelio** (Mateo 10, 37-42): *El que me recibe, recibe al que me ha enviado.*

Quizá la clave del mensaje que nos propone la Palabra de Dios en este domingo sea la misión del discípulo, el seguimiento de Jesús. Este seguimiento es radical, porque además la misión del discípulo tiene que ser como nos dice el Señor al final del evangelio: **«Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes»**. Y la principal actitud del discípulo tiene que ser el seguimiento del Maestro, aunque esto pueda escandalizar con las palabras del evangelio de hoy, pues ¿cómo es posible odiar al padre y a la madre por seguir a Jesús? Esto sería un contrasentido que no podía venir de un Dios que nos manda honrar al padre y a la madre. Pero si nos indica que la misión de Jesús atañe a todos los que lo seguimos y Jesús nos exige un compromiso de amor personal, un amor que debe ir más allá del amor natural entre padres e hijos, un amor que debe implicar una relación íntima con el Amado, como nos indican Teresa de Jesús y los grandes místicos.

Ciertamente no se puede aborrecer a la familia, pero tampoco estar esclavizado por los lazos familiares para caer en el odio, en el rencor, en los enfrentamientos, no sea, que estos lazos nos aparten del auténtico amor que tiene que guiar y sostener al seguidor de Cristo. Lamentablemente vemos en nuestra sociedad actual enfrentamientos entre familias por viejos rencores provocados frecuentemente por ambiciones de dinero, de poder, etc., o sea, causadas por seguir a los ídolos de nuestro tiempo. Ante esto, el discípulo, el de entonces y el de ahora, tiene que tener en cuenta que forma también parte de una nueva familia, la familia del Padre y el centro de esta nueva familia es Jesús.

Esta exigencia radical del seguimiento de Jesús, nos recuerda el evangelista que implica el tomar la cruz cada día. El tomar la cruz supone, para el discípulo, la pertenencia a Jesús y, solo desde la cruz, comprendemos el seguimiento de Jesús, un seguimiento radical, total, que supone partir de esa unión profunda con el amado y seguirle camino de la cruz. Cuando Jesús utiliza la expresión **«no es digno de mí»** está diciendo que el que no está dispuesto a esto, rompe su pertenencia a Jesús.

Los seguidores de Jesús nos tenemos que convertir en mensajeros del evangelio por la palabra y por el testimonio para anunciar la presencia de Cristo Resucitado en medio del mundo. Este anuncio se realiza en la humildad del mensajero, con todas sus imperfecciones y deficiencias, pero el mensajero es el miembro de esta nueva familia de Jesús, por eso quien lo recibe, recibe a Jesús y tendrá su recompensa, nos dice el Señor.

La promesa que Jesucristo nos hace es muy interesante y en términos muy humanos, podríamos decir que es altamente redituable. Nos dice que ni siquiera un vaso de agua dado generosamente se quedará sin recompensa. Y por lo que se puede intuir, el que pague esa recompensa ha de ser él o su Padre. Por lo tanto, se nos ofrece el mejor negocio del mundo, el que nos deja los mejores y mayores dividendos y la máxima utilidad. De modo que podemos comenzar a organizar nuestra colecta de “*vasos de agua*” para los pequeños discípulos de Jesús. Pero, claro, ya hay varios que se nos han adelantado en este empeño.

De hecho, hoy se nos cuenta un ejemplo en la primera lectura. Un vaso de agua y después una comida completa le dio aquella mujer de Sunem al profeta Eliseo. No lo hizo solo una vez, sino cada vez que el profeta pasaba por su pueblo. Y después, de acuerdo con su marido, le construyeron incluso una pequeña habitación en los altos de su propia casa, con cama, silla y hasta una lámpara. La recompensa de parte de Dios no se hizo esperar mucho. A esa pareja le empezó a llegar la recompensa en forma del tan deseado hijo que no habían podido tener.

Sin duda, habrá recompensa de “*hijo de Dios*” a quien reciba y auxilie a un “*hijo de Dios*”. Y lo que a mis oídos suena mucho más interesante es lo que el Señor dice unos renglones antes de esas palabras: **«El que os recibe a vosotros, me recibe a mí, y el que me recibe, recibe al que me ha enviado»**. ¿Alguien desea recibir a Jesús en su casa? ¿Alguien quiere que Dios Padre venga a estar con él, con ella o con la familia entera? ¡Fácil! Basta con que reciba a uno de esos pequeños discípulos de Jesús.

No es necesario preparar una gran habitación para alguno de los apóstoles, ni siquiera es necesario construir una pequeña habitación en los altos de la casa; los pequeños discípulos se acomodan en lo que se les ofrezca, aunque solo sea un “*vaso de agua*”. Pero, habrá que compartirlo generosamente: buenas palabras, gestos de amor, paciencia, escucha atenta, pequeños y grandes servicios, armonía y perdón, un vaso muy grande de perdón...

También necesitamos muchos “*vasos de agua*” entre vecinos, parientes de sangre y parientes políticos, compañeros de trabajo, estudio o descanso y amigos en general: saludos amables, buenos modales, diversas formas de cercanía, genuino interés por ellos y los suyos, escucha y, una vez más, paciencia y perdón... Hacer esto nos puede parecer ya una buena tarea, pero no es más que el comienzo. Jesús nos invita a ampliar nuestros círculos de acción.